

CRISTINA PALOMAR VEREA
**EL ESPECTÁCULO
DE LA BELLEZA Y EL
NACIONALISMO**

Banet-Wiser, Sarah. *The Most Beautiful Girl in the World. Beauty Pageants and National Identity*. University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1999.

El texto de Sarah Banet-Wiser es un estudio cuyas conclusiones tocan temas actuales y de gran interés en los estudios de género, tales como los procesos de construcción de la subjetividad y de formación de identidades, la ambigüedad de los discursos, los nexos entre el género y el poder, la dificultad de erigir fronteras nítidas y duras en los fenómenos sociales, los claroscuros de la capacidad de agencia, los intráguis de las representaciones y otros igual de interesantes que han sido puestos en los últimos años sobre las mesas académicas y que han

conformado el horizonte posmoderno de los estudios de género. Además, constituye un excelente trabajo para estimular las discusiones en torno a cuestiones ligadas a la investigación etnográfica, el feminismo y la crítica cultural.

Se trata de un estudio valiente y difícil porque expresa una voluntad heterodoxa de realizar un análisis de un fenómeno social que, aunque no es nuevo y se presenta en distintos países del mundo, es insistentemente tratado como un fenómeno frívolo y de escaso interés para los científicos sociales, por la aparente obviedad que se le atribuye a su participación en la cosificación de las mujeres y, por lo tanto, menospreciado por académicas feministas y por los estudiosos de la cultura. La autora de este trabajo, situada en el campo de los estudios de género, se propone el análisis del concurso de belleza más importante en Estados Unidos de América: *Miss América*, planteándolo como una ex-

presión de la cultura popular nacional en la que confluyen los discursos nacionalistas, de género y de raza.

Banet-Wiser, profesora asistente de la escuela Annenberg de Comunicación en la Universidad del Sur de California, relata que las reacciones académicas a su estudio han sido muy interesantes. Una de ellas es la que lo califica como "divertido", como algo que no aporta nada al conjunto de trabajos sobre las representaciones de género, sino que más bien refleja las nociones comunes de las expresiones de cultura popular, tales como concursos y otros entretenimientos —y las respuestas de la gente a éstos—, y que son considerados uniformes, simples y nada contradictorios. De hecho, considera la autora, la misma escasez de trabajos académicos sobre los concursos de belleza refleja esta concepción; considera que estos eventos son frecuente y fácilmente despreciados como frívolos, sin sentido o *caravalescos* y por ello imerecedores de escrutinios

serios y sostenidos por parte de los científicos sociales —o, en el otro extremo del espectro, los concursos y otras formas de la cultura mercantilizada de masas son vistos simplemente como reiterativos y reproductores de la ideología dominante—. Por lo general, los concursos de belleza son puestos junto a las formas culturales populares que son consideradas igualmente como "bajas"; es decir, como poco importantes para merecer una investigación seria, como formas especialmente opacas de cultura popular, o tan obvias y opacas que una interrogación vigorosa en torno a éstas sería tan absurda como innecesaria. El concurso de belleza es usualmente visto como un ejemplo de "material popular", en el cual "lo que ves es lo que (de) tienes". Pero, señala Banet-Wiser, lo que vemos en el concurso de *Miss América*, no obstante, es sumamente complejo y contradictorio.

Por una parte, la autora considera que la cultura popular es un terreno

complicado, no fácilmente asimilable a la ideología y la práctica dominantes y que existe en tanto espacio que puede ser simultáneamente convencional e impredecible, liberador y reaccionario, personal y anónimo, y al mismo tiempo basado en materialidades que constituyen un renglón para el despliegue de la fantasía.

Banet ubica a los concursos de belleza entre los *rituales cívicos* entendidos como un grupo de prácticas políticas, culturales y económicas que implican tanto la lógica como la legitimación de su existencia. Debido a su énfasis en el espectáculo y al despliegue público, sus gestos inclinados hacia la monarquía y a los concursos medievales, y sus vínculos con las normas dominantes de la feminidad, la autora considera que los concursos de belleza están claramente situados como un tipo particular de prácticas culturales y, en tanto tales, demandan una atención intelectual más profunda de la que se les ha otorgado hasta aho-

ra, ya que, para ella, la relación entre los discursos sobre la nación y los discursos sobre la feminidad son finalmente formulados en la ecuación "mujer=nación" que está en la base de dichos concursos.

Para Banet, la pregunta de dónde están ubicadas las mujeres en la escena nacional es vital, no obstante lo poco que suele plantearse. Para ella, el concurso de *Miss América* claramente plantea una afirmación nacionalista; pero, debido a que la atención académica sobre los concursos se ha centrado en el tratamiento flagrante de las mujeres *en tanto* mujeres, esta afirmación ha sido totalmente obviada. Sin embargo, propone la autora, los concursos de belleza construyen una *comunidad imaginada* específica, ya que se trata de una visión particular de comunidad que produce y difunde sus construcciones. Los concursos crean un campo nacional de símbolos compartidos y prácticas que definen tanto la etnicidad como la feminidad

en tanto elementos de identidad nacional.

La autora considera al nacionalismo como un discurso que mediatiza las construcciones de feminidad y etnicidad para producir una particular noción generizada de ciudadanía. Para manejar y controlar diferentes estilos y prácticas de ciudadanía, los concursos de belleza crean comunidades imaginadas donde el discurso nacionalista es producido como tradición cultural. Los concursos confrontan tensiones nacionales sobre el género y la raza y, por medio de sus espectáculos de "diversidad" y feminidad, "resuelven" estas tensiones. El cuerpo femenino funciona, en este contexto, como una representación del nacionalismo en términos de una imagen particular de feminidad. Este mismo cuerpo femenino, no obstante, "representa" también a la nación en términos de una cultura o una comunidad particulares, señala Banet, quien considera que esta manera de entender los concursos de

belleza ofrece una vía nueva para los estudios sobre el nacionalismo: partir de que el concepto idealizado de la "nación" necesita mujeres que sostengan sus intercambios culturales y políticos.

A partir del supuesto de que cualquier concepto de nación debe incitar deseos particulares en su público de sostener un sistema legítimamente institucionalizado de creencias y prácticas, Banet sugiere que las figuras idealizadas de feminidad han sido ampliamente entendidas como una lucrativa vía para el deseo. Plantea la siguiente pregunta: ¿quién puede incitar deseos más legitimantes que *Miss América*, la mujer que representa, en un escenario popular, una mezcla perfecta de deseabilidad y respetabilidad, de sexualidad y moralidad?

Señala la autora que la crítica feminista a los concursos de belleza ha cuestionado la relación entre feminidad y nacionalidad, explicitando la premisa implícita de que el "ideal" fe-

menino americano se define en términos de una feminidad subordinada y heterosexual; Banet cuestiona la relación que, desde esta crítica, se observa entre género y nación, ya que según su punto de vista los concursos no tienen que ver solamente con el género y la nación, sino también siempre (y cada vez más visiblemente) con la raza y la nación; más específicamente, de lo que se trata en éstos es del género y la nación en tanto categorías *racializadas*. La autora considera que la raza, el género y la nación son categorías interconstitutivas, lo cual es fundamental para entender los análisis sobre la nación, el género y la cultura popular.

Banet expone que las construcciones particulares de la nación funcionan como un recordatorio moral sobre las relaciones convencionales de género; y que las instituciones, y la feminidad misma como práctica social, operan en constante estado de flujo y disrupción social. Las normas domi-

nantes y las convenciones de feminidad son construidas en el borde de un balance muy precario: las mujeres simultáneamente "necesitan" ser protegidas y explotadas, deben ser públicamente exhibidas aunque privadamente consumidas, y son consideradas tanto las guardianas de la moralidad nacional como las exponentes máximas de dicha moral, simplemente en razón de su género. Dentro de los concursos de belleza, estas claras contradicciones de la feminidad son aún más complicadas por la reciente presencia visible de las concursantes no-blancas. El cuerpo no-blanco funciona como un espectro —*el otro* marcado— contra el cual el ideal del ciudadano femenino se define. Relata Banet que aunque la "diferencia" es asimilada en los concursos, el proceso de asimilación ha sido imperfecto: a pesar de los esfuerzos por sostener un estándar universal de belleza para todas las mujeres, la representación de las mujeres que han sido históricamen-

te excluidas de este estándar vuelve a la misma belleza una categoría de experiencia inestable. Más aún, una sociedad cada vez más multiétnica y multirracial cuestiona la función tradicional de los concursos como lugares para el control de las identidades no-blancas, mediante el reforzamiento de las normas universales y dominantes de belleza.

Lo que sucede entonces en la escena de los concursos nacionales de belleza, expone Banet-Wiser, es la puesta en acto de un dilema nacional muy especial: intentar continuamente resolver las tensiones que caracterizan las prácticas dominantes de feminidad en una sociedad cada vez más diversificada —aunque los concursos a la vez celebren y reinventen precisamente estas categorías de experiencias—. Las categorías de raza, género e identidad nacional parecen siempre fijas y estables; pero, de hecho, siempre están en constante proceso de elaboración. Así, el potencial

disruptivo del cuestionamiento de las categorías de raza y género construidas por la dominación, siempre amenaza el horizonte aparentemente estable. A causa de la puesta en acto física y racional de la etnicidad y del género a la cual se destina el concurso, estos espectáculos representan tanto un potencial para las crisis nacionales como una fuente de estabilidad nacional. El espectáculo de la subjetividad femenina, que comprende el corazón de la celebración del concurso, funciona como un mecanismo de aseguramiento nacional de que, a pesar de amenazar la cultura dominante al mover los códigos raciales y de género, los concursos dirigen y disciplinan exitosamente la construcción de la identidad nacional, la feminidad y la etnicidad.

A partir de los concursos de belleza en Estados Unidos, la autora plantea preguntas centrales sobre la nación misma: ¿quién cuenta como parte de la nación?, ¿qué significa ser represen-

tativa específicamente femenina de una nación?, ¿cómo intervienen algunas cuestiones sociales —tales como el racismo, el multiculturalismo y los “valores familiares”— mediados en y a través de los cuerpos de las mujeres en un escenario público? y, ¿cuáles son las condiciones sociales y culturales mediante las cuales las clases particulares de representaciones pueden darse?

El concurso de belleza es un espacio en el cual los significados atribuidos a las identidades individuales y culturales, son constante y vehementemente negociadas y cuestionadas. El título mismo del concurso de *Miss América* insiste en esta clase de negociación: se crea la ilusión de autoevidencia en la afirmación de los concursos de una identidad femenina nacional, ya que *Miss América* abarca tanto las representaciones de género como las nacionalistas. Pero el nacionalismo que es simultáneamente inventado y reflejado en el concurso de

belleza incorpora más que el título grandioso de ganadora. El concurso de belleza, de hecho, representa un arreglo complicado de afirmaciones e incorpora una gran variedad de expresiones nacionalistas; es un ritual cívico, un lugar donde un público particular “cuenta historias a sí mismo sobre sí mismo”, y es un espectáculo de los medios masivos, firmemente sostenido sobre la cultura de las mercancías, en un momento histórico donde casi todas las formas de participación social y del sentido social están determinadas por un interjuego continuo entre representación y consumo. Es también un espectáculo de género altamente visible, donde las prácticas disciplinarias que construyen a las mujeres como femeninas son palpables en su despliegue y posicionadas como problemáticamente deseables. Además, es una arena profundamente política, en el sentido de que la presentación y la reinención de la feminidad que tienen lugar en el

escenario del concurso de belleza producen sujetos políticos.

En la investigación sobre *Miss América*, Banet-Wiser se topó con un dilema: cómo criticar los discursos y prácticas que objetivan, alienan o, por el contrario, fragmentan el cuerpo femenino, sin tomar a las concursantes mismas como víctimas somnolientas de una falsa conciencia. Y una de sus apuestas fue la de afirmar que hay que teorizar el género y el poder de una manera que entrañe una comprensión del género como *una relación que no solamente significa sino que está en sí misma definida por el poder*. Por otra parte, se propuso entrevistar a las mujeres concursantes —dándoles espacio para hablar sobre lo que ellas hacen—, y tomar muy en serio lo que ellas tienen que decir, sin considerar a estas mujeres como víctimas. Con esto la autora sigue el presupuesto de que es importante incluir la experiencia de las mujeres como evidencia de la investigación, lo que automáticamente

pone en suspenso la distinción entre falsa conciencia y conciencia “verdadera”, o entre victimización y crítica.

Banet partió de que la experiencia de las concursantes es necesaria para explorar lo que De Lauretis llama “el trauma potencial” del género. Según esta última autora, el género es no solamente el efecto de la representación sino también su exceso, lo que queda fuera del discurso como un trauma potencial que puede fracturar o desestabilizar, al igual que contener, cualquier representación. La única vía para comprender los procesos de la construcción del género es llegar a estos excesos en la representación, para tratar de determinar las maneras en que el exceso se contrapone con los efectos. Tal como lo argumenta De Lauretis,

la discrepancia, la tensión y el resbalón constante entre mujer y representación en tanto objeto y la misma condición de representación y, por el

otro lado, las mujeres como seres históricos, sujetos de relaciones 'reales'...está motivada y sostenida por una irreconciliable contradicción lógica en nuestra cultura: las mujeres están tanto dentro como fuera del género, al mismo tiempo en y fuera de la representación.¹

La concursante de un concurso de belleza, afirma Banet, no puede confundirse con su representación, y un relato de su "experiencia" ayuda para teorizar cómo es que ella, igual que las otras mujeres, está "al mismo tiempo en y fuera de la representación". Esta tensión es importante en el aspecto metodológico de la etnografía. ¿Cuáles son los límites en la cuestión de legitimar la "experiencia" como evidencia? ¿Cómo nos ayudan a entender las tensiones entre representación y las vidas materiales, las palabras de las concu-

santes? ¿Pueden los relatos de las concursantes revelar los espacios en los que la construcción de los sujetos femeninos es de orden impredecible e inestable? Para entender no solamente la diferencia entre las feministas y las concursantes de un certamen de belleza, sino también las maneras en las que esta diferencia es relacionamente constituida, necesitamos "atender el proceso histórico que, a través del discurso, posiciona a los sujetos y produce sus experiencias".²

Banet encontró, con esta estrategia, que una manera mediante la cual las concursantes de belleza han sido posicionadas como un tipo particular de sujetos es la retórica de la "libre elección", que —curiosamente, indirecta— ha sido una retórica que se ha hecho posible gracias al esfuerzo de las feministas de las últimas dos décadas al abrir el camino a las mujeres para

¹ Teresa de Laurentis. *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Indiana University Press, Bloomington, 1987.

² Joan W. Scott. "Experience", en Joan W. Scott y Judith Butler (eds.). *Feminists Theorize the Political*, Routledge, Nueva York, 1992, p. 25.

hacer nuevas elecciones con sus vidas. Sin embargo, la política feminista ha quedado totalmente oscurecida en un discurso que utiliza elementos del feminismo de una manera neutral, si no es que reaccionaria. En vez de hacer una "cuestión política" del sentimiento de inadecuación sobre la autoimagen de las mujeres, el discurso popular nos instruye en cómo crear un nuevo ser, un ser que requiere prácticas disciplinarias particulares, con el objetivo de crear una femineidad exótica, novelada, erótica y de moda. De pronto el concurso de belleza aparece como un foro de expresión de actos creativos relacionados con nuevas formas de maquillaje, peinados, colores, cirugía plástica, etc. Este discurso posiciona la noción liberal de elección y *agencia* (*agency*) como elementos clave del discurso dominante sobre la belleza y la femineidad. Los concursos de belleza constantemente claman que la "nueva experiencia" de la concursante es su principal motivación para participar.

La concursante es vista, con este marco de trabajo, como una defensora entusiasta de los valores democráticos en el mundo de la "expresión creativa" y la libre elección. Esta construcción cultural de una concursante de belleza como una ciudadana libre dedicada a la democracia y a la *auto-agencia*, otorga aún más credibilidad a las respuestas de las concursantes ante el interrogatorio feminista: erigen su participación en los concursos como ejemplos de lo que es "hacer lo que una quiere hacer".

El hecho de que las concursantes de belleza construyan su identidad femineina en relación con y a causa del poder, y no porque una identidad particular fuera elegida al azar, no es relevante entre estas participantes; este hallazgo le sirve a la autora para afirmar que las variables que condicionan las elecciones que todas hacemos (no solamente las que hacen las concursantes de belleza) son siempre bonitas y oscuras.

Explorar la construcción de la experiencia de las concursantes de belleza también permitió a Banet-Wiser plantear las cuestiones de la subjetividad y la identidad. Scott señala que "no son los individuos los que tienen experiencia, sino que los sujetos son constituidos por la experiencia", lo cual historiza la experiencia y exige la contextualización de los relatos de las concursantes. De esta manera, Banet logró hacer visibles los rasgos de las posiciones de los sujetos, y mostrar que los concursos de belleza sirven como lugares en los que estos procesos y sus efectos pueden ser señalados y subrayados. Las participantes de belleza, afirma la autora, toman y rechazan diferentes identidades que están constituidas mediante la estructuración misma del concurso. Y, por medio de las palabras de las concursantes y los relatos sobre sus razones para participar en los concursos, logró entender los procesos discursivos que son tanto visibles como invisibles, y reaccio-

arios así como potencialmente liberadores, procesos que son parte de la construcción de los concursos de belleza y, en la cultura en general, del sistema mismo de la belleza.

El texto de Banet se compone de una introducción extensa y rica, que da cuenta de la posición teórica de la autora, de los presupuestos metodológicos, de las ideas básicas generales al estudio y de algunos antecedentes al mismo; vienen después seis capítulos sustanciosos y unas conclusiones breves pero que condensan las principales ideas desarrolladas a lo largo del libro.

El primer capítulo demuestra que el concurso ha sido definido, prácticamente desde su origen, como un evento cívico que trata sobre la feminidad respetable y la belleza y la moralidad típicamente americanas. Se sugiere que el concurso de *Miss América* ha dedicado casi toda su historia a construir una identidad femenina nacional.

El capítulo dos sitúa la competencia en traje de baño como una cues-

ción relativa a la disciplina física y moral de los cuerpos de las mujeres. Este acto es necesario porque es la presentación del objeto femenino, presentación que se yuxtapone a las entrevistas y las competencias de talento, que son presentaciones del sujeto femenino.

El tercer capítulo está centrado en la entrevista y las competencias de talento, creadas para revelar la personalidad de las concursantes. La importancia de la entrevista no solamente reside en establecer al concurso como un evento respetable que trata fundamentalmente de la personalidad y la inteligencia (y por lo tanto no de la belleza), sino también como un elemento crucial en la autoconstrucción de las concursantes, como sujetos liberales. Los concursos de talento establecen a la aspirante como un evento intermedio y, en tanto tal, ésta demuestra, a través de las presentaciones, el compromiso con virtudes y comportamientos morales, así como con formas de *alta cultura* usualmen-

te pensadas como intereses de las mujeres. La competencia de talentos es un espacio de presentación en el que las concursantes se establecen a sí mismas como miembros de una élite cultural particular, y consiste en una competencia fundamentalmente racializada en la que cada talento (score todo las que presentan las mujeres de color) es cultural y socialmente codificado como blanco.

El capítulo cuatro se refiere a la discusión sobre las estrategias de los concursos de incorporar la diferencia y la diversidad a la luz de una larga historia de exclusión durante la cual, hasta los años cuarenta, cada concursante tenía que enlistar su genealogía como parte de su perfil biográfico. Después se relata la historia de la afroamericana Vanessa Williams, la ganadora en 1984, cuyo reinado terminó diez meses después, cuando se publicaron unas fotos de ella desnuda con otra mujer en la revista *Penthouse*. *Miss América*, como cualquier otro fenóme-

no popular, establece claras condiciones para la representación de la raza. Al juntar los temas de raza, género y nación, se discute cómo el concurso de *Miss América* ofrece una representación de la subjetividad femenina que conduce y disciplina la construcción de la identidad nacional, a pesar de los retos que plantean los ambiguos códigos sobre la raza y el género, al igual que los códigos morales.

El capítulo quinto retoma las historias de las ganadoras de *Miss América* en 1945 y en 1995, la primera judía y la segunda sorda. Ambas representaron un tipo incorporado de comunidad nacional en la que los íconos femeninos de la nación mitigan los temores sobre las definiciones ambivalentes de quién y qué debe ser la nación.

El capítulo seis, y último, presenta algunas cuestiones de los concursos internacionales tales como *Miss Mundo* y *Miss Universo*; sugiere que éstos están dedicados a establecer un ícono

femenino nacional que pueda situarse en la "familia de naciones". La comprensión occidentalizada de la feminidad idealizada no es una condición universalmente compartida, se afirma. El hecho de que todos los concursos puedan tener formatos y estructuras en común, no excluye el hecho de que la sexualidad femenina misma juega de diferente manera en los contextos distintos y en el seno del conjunto de las políticas nacionales.

La idea principal de las conclusiones es que el concurso de *Miss América* se apropia de la retórica feminista liberal y se sitúa como un espacio posfeminista en los tardíos noventa. Aunque el concurso no es necesariamente la vía de la reforma feminista, esta vía misma es compleja, llena de excesos y de contradicciones. El concurso logra calmar las tensiones nacionales sobre la feminidad, pero en tanto que la feminidad es una categoría inestable y no fija, el concurso no logra resolver todas estas tensiones.

De hecho, el concurso de *Miss América* complejiza los trabajos culturales en términos de raza, género y nación; a pesar de la común creencia popular, este concurso realiza una declaración sobre la ambivalencia de género tanto como sobre la idea de la feminidad universal. Este concurso ha sido una articulación particularmente exagerada de una "crisis de identidad para ambos géneros" en la sociedad americana de fines del siglo xx. Es un espacio para negociar la ambivalencia de género y, más aún, se identifica como un espacio único en el que "reclamar los estándares de la pureza, la inocencia y la belleza americanas" en tiempos de crisis de la identidad de género. Las condiciones en las que el género es representado en y a través del concurso de belleza son constantes y vehemente negociadas. El concurso es un evento popular televisivo y un ícono americano reconocible precisamente porque su identidad tiene capturadas la definición y la estructu-

ra ambivalentes de la identidad americana femenina y racial.

El estudio de Banet-Wiser puede ser caracterizado igualmente por esta ambivalencia. Mientras, por un lado, no tiene sentido considerar el concurso de belleza solamente como la articulación de un discurso conservador masculino; por otro lado, el concurso no es exactamente un espacio de oposición. Verlo desde uno de los lados es negar que así como se trata de un acto en el que se construye un ideal femenino clasemediero y blanco, se trata igualmente de un espacio para la construcción de sujetos femeninos liberales que se han apropiado exitosamente del discurso feminista liberal en su autodefinición y promoción.

Banet concluye que los concursos han sido forzados a confrontar y responder a las demandas contemporáneas que reflejan más exactamente la diversidad racial y étnica. A pesar de los esfuerzos por levantar un estándar universal de belleza para todas las

mujeres, la representación de las mujeres que históricamente han sido excluidas de estos estándares toman la "belleza" misma (que es tratada como una categoría fija y autoevidente) inestable y en movimiento. La belleza, señala la autora, igual que el género, es no solamente el efecto de su representación, sino también su exceso, lo que cae fuera del discurso como un trauma potencial que puede romper y desestabilizar, si no es que contener, cualquier representación.

De esta manera, Banet sostiene que los concursos de belleza se perfilan como formas culturales particulares que incorporan una retórica liberal feminista que descansa en fantasías particulares de *agencia*, voz y ciudadanía como elementos cruciales de la construcción de la identidad de la mayoría de las mujeres americanas. *Miss América* es planteado como una forma cultural en la que se realiza explícitamente una conexión entre la formación subjetiva y la *agencia* liberal. En otras pa-

labras, los concursos son sitios para la complicada navegación entre una versión particular de la teoría feminista liberal y una específica manera de teorizar lo femenino.

Sin embargo, agrega Banet, la manera en que los concursos de belleza imaginan la *agencia* no debe ser relegada como "falsa conciencia" y menos como un trozo de lo comercial, sino como clases particulares de agentes teóricos: las concursantes presentan narrativas liberales sobre los derechos de las mujeres, los logros individuales, el pluralismo, la autodeterminación y el voluntarismo en una manera similar y en terrenos similares a los que las feministas liberales articulan sus narrativas. Y en un interesante y sorprendente giro, los concursos de belleza logran plantear paralelamente una agenda liberal femenina sobre lo deseable que es escapar a una rígida identidad de género.

El trabajo puesto en acto, ejercido y presentado en los concursos de be-

llezas es, según Banet, precisamente el de construir identidades generizadas y racializadas, a partir de un tipo particular de agencia imaginada: la agencia es posible porque es generizada y racializada de maneras particulares, pero la forma de poner en acto y presentar la agencia es la de convencerse a sí misma de que se ha hecho el trabajo a pesar del género y la raza.

El trabajo de Banet termina no sin dejar abierta una interesante serie de preguntas: ¿cómo, en un clima cultural y político particular, las mujeres ejercen y otorgan el poder? En otras palabras, en la sociedad liberal, ¿cómo es que las narrativas liberales relativas a la personalidad y la opción individual movilizan, al igual que producen fácilmente, estas prácticas de feminidad y etnicidad que han sido históricamente invocadas para denegar la personalidad y la opción individual?

¿Cómo es la *agencia* para una mujer en la sociedad posindustrial norteamericana de los años noventa? ¿Cuáles son los procesos históricos que producen una particular definición de *agencia*? ¿Cómo se vinculan la subjetividad y la *agencia*? ¿Cómo se configura y se ejerce el poder en una era de "poder femenino" y de "diversidad"?

En un comentario final, la autora señala que si bien los concursos no son el principio (o la mitad o el fin) de la reforma social feminista, sí representan un sitio para el reto de las concursantes, por su particular presentación de feminidad, de las usuales convenciones de género y de identidad de raza. Son una vía curiosa e irónica para observar la manera en que el poder trabaja para producir y reproducir sujetos generizados y racializados en lo que se ha llegado a llamar el mundo posmoderno.